

## UNA NUEVA CASA

Había un cartel a la entrada del pueblo que anunciaba su nombre: Puertolugar. La mañana era fría y aún quedaba algo de la niebla que nos había acompañado durante la mayor parte del viaje. En el asiento de atrás íbamos mamá y yo agarrados de la mano, en silencio. Papá viajaba delante, al lado del taxista. Ellos dos eran los únicos que habían ido hablando casi todo el trayecto. El taxi era un coche alargado y oscuro, un modelo antiguo que olía a gasolina y hacía un ruido agónico cuando tenía que subir una cuesta.

Cuando sobrepasamos el cartel con el nombre del pueblo, papá puso su brazo sobre el respaldo del asiento y se giró hacia nosotros. Nos miró unos segundos y luego habló:

—Entrar en un pueblo nuevo es como abrir una ventana a lo desconocido.

A continuación se volvió hacia delante y permaneció callado.

Rápidamente fueron apareciendo las primeras casas después de superar una subida y papá fue indicando con el dedo por qué calle debía girar el taxista. Dentro del pueblo había menos niebla que por los campos que habíamos ido viendo desde la carretera. Así y todo, la primera imagen que obtuve de aquel lugar me produjo un cierto temor, sobre todo porque no se veía a nadie por las calles. Todo

lo que contemplábamos a nuestra llegada aparecía desierto, como si hubiéramos surgido en un pueblo fantasma. Llegué a pensar si no nos habrían ordenado venir a una población en la que no vivía nadie y en ese caso estaríamos ante una situación absurda porque papá no iba a poder encontrar a ninguna persona a la que curar. Bien pensado, eso podría ser una gran noticia porque al cabo de dos o tres días alguien, en algún despacho, acabaría por saberlo y nos comunicaría que nos marchásemos de allí.

A papá, sin embargo, no parecía preocuparle aquel aspecto solitario de las calles y se bajó del taxi sonriendo y aspirando profundamente el aire con intenciones de llenar los pulmones del aroma del pueblo. Mamá y yo nos miramos sin comprender muy bien qué era aquello que hacía tan feliz a papá, pero sus gestos nos hicieron gracia y nos bajamos del coche sonriendo también.

—¡Ah! Huele a fresco. A mar. ¿No lo notas, hijo?

Yo hice un leve gesto con la cara levantada.

—Sí.

—¡Claro que sí! ¡Claro que sí!

Lanzó una carcajada, me cogió por debajo de los brazos y me dio dos vueltas en redondo por el aire.

—Federico, por Dios, ten cuidado con el niño —exclamó mamá mientras nos miraba.

El taxista también se había bajado del coche y contemplaba toda la escena, pero él no sonreía. Parecía tener prisa por marcharse. Papá me dejó en el suelo y se aproximó a darle su dinero. Luego le estrechó la mano con fuerza y le dio una palmada en el hombro como si aquel hombre nos hubiese salvado a todos de un desastre. El taxista se

despidió con unas palabras que casi no se oyeron, arrancó el coche y nos dejó allí solos. Ni siquiera había unas maletas para hacernos compañía porque nuestro equipaje no había viajado en el taxi con nosotros, sino en el camión que venía de camino con los muebles. Parecíamos tres personas abandonadas en un país extranjero. Papá se volvió hacia la casa que estaba delante de nosotros y señaló hacia ella.

—¿A qué esperamos? Esta es nuestra casa. Va a serlo a partir de ahora.

Tenía una fachada grande, con una gran puerta verde y tres balcones en el piso de arriba.

Sacó una llave del bolsillo de la chaqueta y abrió.

—Esperad. No entréis aún. La primera impresión de una casa queda grabada en el fondo de la mente para toda la vida. No quiero que la recordéis como una casa lúgubre.

Él se adelantó unos metros, pero nosotros no permanecimos en la calle y subimos también los tres escalones que había en el interior. Papá recorrió de golpe unas grandes cortinas que mantenían la casa en penumbra y descubrió unos grandes ventanales que inundaron de luz un salón inmenso. El día se había despejado. Todo estaba absolutamente vacío. No había ni un solo mueble. Se veía que era una casa antigua, pero las paredes estaban en buenas condiciones y no había polvo en el suelo. La pieza en la que nos encontrábamos parecía el salón de baile de un palacio. Papá debió de pensar que lo era de verdad porque hizo un gesto principesco e invitó a mamá a bailar. Ella le siguió el juego sonriendo, se dejó llevar y dieron varias vueltas a mi alrededor.

—Déjame, anda, que me mareo.

Luego ella misma se refugió en los cristales del ventanal y se quedó mirando hacia fuera. La vimos en aquella posición con tanta firmeza que los dos nos aproximamos para observar qué era lo que le había llamado la atención. Lo que se veía desde el ventanal era el mar. Se divisaba a lo lejos, detrás de las casas del pueblo, que estaban a menor altura que la nuestra. Nunca antes habíamos vivido en un pueblo con mar y no habíamos podido observar un espectáculo como aquel. Aquella inmensidad de agua no tenía fin. Se veían gaviotas volando y algún barco de pesca que se alejaba hacia el horizonte. Los tres nos quedamos ensimismados frente al mirador. Papá volvió la cara hacia mí y luego hacia mamá y sonrió.

—Ante una visión como esta, sobran las palabras —dijo.

Entonces pensé que todo podía haber sido una estrategia suya, que este nuevo traslado lo podría haber tramado él después de haber buscado un pueblo en la costa porque imaginaría que eso era justamente lo que mamá necesitaba.

—¡Qué pena! Me gustaría tener mi cámara de fotos aquí —se lamentó.

No especificó qué era lo que deseaba fotografiar, si aquellos tejados de las casas del pueblo que veíamos debajo de nosotros, o los barcos que se perdían en el mar. No lo dijo, pero yo sí imaginaba qué era.

En la puerta sonó el ruido ronco de un motor y un portazo en un vehículo.

—¡Ya están ahí! —dijo papá.

Casi al mismo tiempo que él hablaba, sonaron unos aldabonazos en la puerta, que retumbaron en todo el

salón e hicieron vibrar los cristales por los que estábamos mirando.

—¡Dios mío! —exclamó mamá—. Espero que los pacientes que vengan a esta casa no llamen de esa forma.

Salimos a la puerta. Era el camión de la mudanza. Frente a él estaban unos hombres distintos a los que habían desmantelado nuestra anterior vivienda. No se habían puesto de acuerdo con nosotros para realizar el viaje y habían salido después. A mí me pareció un hecho prodigioso que aquellos hombres con nuestros muebles hubieran podido hacer tantos kilómetros y al final haber dado exactamente con la casa en la que nosotros esperábamos.

A partir de aquel momento empezó a organizarse en la casa un movimiento incesante de gente. A los hombres del camión se les unieron dos mujeres del pueblo que aparecieron por allí sin saber cómo, obedeciendo una orden enigmática. Papá se las presentó a mamá y luego él se dispuso a dar instrucciones para indicar el lugar donde debía ir cada uno de los muebles. Yo intenté quitarme de en medio y me volví hacia el mirador para contemplar el mar. En el tiempo que había pasado, el sol había subido más y la niebla se había diluido completamente. Ahora el mar se veía más azul que unos minutos antes y ya habían desaparecido los barcos de pesca.

—En esta sala de la derecha me gustaría instalar la consulta —le decía a mamá—. ¿Qué te parece? Delante puede estar la sala de espera.

—Sí, estará bien ahí.

—Y aquí, a la izquierda, puedo montar mi laboratorio de fotografía.

—Como tú prefieras...

Mamá escuchaba sus sugerencias pero parecía darse cuenta de que en la cabeza de papá ya estaban dibujados sus planes para todos los años que permaneciésemos en aquel pueblo. Y que incluso ya lo había pensado todo para las viviendas que nos esperarían en los siguientes pueblos adonde tuviésemos que ir. De esa forma, papá fue indicando a los hombres dónde tenía que ir un mueble o las cajas con libros o las mesas o el instrumental médico o los frascos con líquidos de revelado o las cubetas o el maniquí desmontable o las camas o la camilla de curas. Papá subía y bajaba con cada uno de los hombres de tal forma que me parecía tener dos y hasta tres padres idénticos moviéndose por aquella casa tan desconocida para mí. Si lo recordaba subiendo por la escalera, luego lo veía aparecer a mi espalda, como si estuviera realizando trucos de magia. Aunque intenté no estorbar en el paso de los descargadores ni en el de las mujeres que ayudaban a mamá a colocar objetos dentro de los armarios, no pude evitar verme atrapado un par de veces en medio de dos muebles o chocarme de frente con uno de los hombres que caminaba a ciegas con una caja de cartón delante de la cara. También escuché involuntariamente algunas de sus protestas por el peso de algún armario o por la cantidad de muebles que había o alguno de sus comentarios, aunque fueran pronunciados en voz baja:

—Pero este hombre qué demonios es, ¿médico o fotógrafo?

Tanto ajetreo terminó hacia el mediodía, cuando los hombres cerraron el camión con un portazo y se marcharon

y mamá consiguió convencer a las mujeres de que ya no era necesario que permanecieran más tiempo en nuestra casa, que el resto del trabajo era capaz de hacerlo ella sola.

Volvimos a quedarnos los tres solos, pero ahora estábamos en una vivienda diferente. Nuestros mismos muebles de siempre en una casa distinta. Los objetos y los cuadros parecían personajes ajenos a aquellas paredes, colocados allí forzosamente sin que conjugaran muy bien con aquel espacio. Como nosotros mismos.

—Echaremos en falta algún objeto —dijo papá—. Eso es seguro. No hay que extrañarse de ello, no olvidéis que tres mudanzas equivalen a un incendio.

—Entonces, nosotros ya hemos sufrido uno —respondió mamá, seria.

Pero se la veía feliz y no podía ocultarlo. No había parado de trabajar en toda la mañana y ahora hablaba sin dejar de mirar al ventanal, sentada en aquella butaca tapizada de terciopelo que ella usaba en exclusividad. La había colocado previamente en el extremo de la izquierda del mirador, donde hacía ángulo con la pared, dando a entender que allí era donde pensaba sentarse el tiempo que viviésemos en aquel pueblo, que allí leería sus novelas de amor mientras miraba de vez en cuando el mar, como hacía ahora.

Tanto papá como mamá daban la impresión de haber decidido ya cómo iban a vivir en aquella casa a partir de aquel momento y parecían convencidos de que todo iba a transcurrir sin ningún contratiempo. Yo era el único que no veía el futuro con claridad, aunque no pensé en ello hasta que llegó la tarde y tampoco entonces dije nada. En realidad, yo mismo no sabía qué me pasaba y posiblemente

no habría podido explicarlo bien en aquel momento. Era una angustia o un temor ante algo desconocido. En primer lugar, la propia casa me asustaba. Aunque me había movido por ella durante toda la mañana, no la había recorrido por completo. Solo había andado por el piso inferior, por el salón, por la entrada y por la consulta de papá. Ni siquiera me atreví a entrar en su laboratorio de fotografía, aunque no estaba aún instalado, porque en otras ocasiones él siempre había dicho que todas las personas necesitan tener un lugar sagrado donde su intimidad pueda ser respetada. Ese lugar era su laboratorio. Pero yo no podía olvidar que las habitaciones estaban arriba y que no pasarían muchas horas para que tuviera que subir a mi dormitorio y quedarme allí solo, en un lugar en el que ya habían dormido otras personas antes que yo, personas que posiblemente habían estado enfermas, que habrían dejado restos de su paso por él en alguna palabra escrita en la pared o en alguna mancha. Si me ponía en lo peor, imaginaba que era posible que alguien hubiera muerto en mi propia habitación. Yo sabía que era una tontería y que no debía creer en ello, pero alguna vez escuché decir a alguien que el alma de una persona que muere en una habitación permanece un tiempo en ella. Me preguntaba si no podría haber buscado papá una casa más moderna para vivir, o una vivienda en un edificio alto en una gran ciudad, un piso nuevo en el que no hubiera vivido nadie antes que nosotros.

Ni siquiera sabía cómo era la planta de arriba, cuántas habitaciones tenía. Desde luego, estarían la de mis padres y la mía, pero ignoraba si habría alguna puerta más que diera a un armario lleno de objetos viejos, alguna que comunicara



con una escalera oculta que condujera a un desván donde el dueño de la casa tuviera baúles con ropa de gente que ya no existía o carpetas con papeles escritos por ellos. Me di cuenta de que debería haber aprovechado el tiempo en que los hombres subían los muebles o las mujeres ayudaban a mi madre a colocar la ropa, para curiosear. No sabía si me arrepentiría de no haberlo hecho.

—No os mováis, voy a por la cámara— dijo papá, como si mamá y yo estuviéramos pensando en levantarnos de repente y escapar a la calle.

Mientras se colgaba al cuello aquella cámara antigua que él tenía y le quitaba la funda, continuó hablándonos:

—Captas un lugar con tu cámara y habrás tomado posesión de él; retrata a una persona y tendrás acceso a su alma.

Mamá me arrimó a ella y me sentó en el brazo de su butaca.

—Cáptanos el alma a los dos, si no te importa —le dijo simulando seriedad y adoptando una pose de actriz de cine.

Mi padre la obedeció y nos hizo dos fotografías a distancias diferentes. Yo no opuse resistencia, pero luego me alejé un metro y le permití que fotografiase a mamá sola porque sospechaba que eso era lo que él quería. Cualquiera podría darse cuenta de algo así al verlo cómo se quedaba hipnotizado mirando su imagen a través del visor de la cámara. ¿A qué, si no, venía estar hasta un minuto mirando por aquel cuadradito con la boca abierta? ¿Por qué tardaba tan poco en enfocar cuando se trataba de fotografiar cualquier otro motivo? Yo no decía nada, pero imaginaba que toda aquella vocación de fotógrafo le había surgido del deseo de guardar la imagen de mamá para siempre. Tenía

su consulta llena de retratos suyos en blanco y negro, el único tipo de película que él utilizaba. Los tenía en distintos tamaños y aparecía en ellos con diferentes peinados, como si fuesen una colección de imágenes de la misma estrella de la pantalla. Era así. Papá sentía por ella la misma adoración que por una actriz de cine en blanco y negro.

—Ahora sí se puede decir que estamos instalados en nuestra casa —dijo después de tapar el objetivo, un gesto con el que parecía impedir que se escapase la imagen del interior.

Esa misma tarde se fue a su laboratorio y estuvo trabajando en él. Ya era extraño que hubiera permanecido inactivo durante dos horas y media. Colocó las cubetas y la ampliadora y la luz roja y se dedicó a revelar el carrete que acababa de terminar y algún otro que tenía guardado. Al llegar la noche salió de allí agotado pero feliz.

En mí, sin embargo, la llegada de la noche acentuó mis temores. No sabía qué clase de vida me esperaba en aquel pueblo, ni cómo sería la escuela a la que tendría que ir ni a qué tipo de compañeros tendría que enfrentarme. Y, sobre todo, tenía miedo a aquella casa antigua, a no saber si por la noche comenzaría a emitir ruidos o si acabaría por mostrar en algún rincón escondido los restos de la existencia de alguna mujer que muchos años antes hubiera vivido allí.